Historia del gran capitan

Madrid

[1893?]

Reel: 43 Title: 21

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCl00043.21

Control Number: ADT-3621
OCLC Number : 29694187
Call Number : W 381.568 H629 v.3 GRAN
Title : Historia del gran capitan Gonzalo de Córdoba, y sus amores con Zulema.
Imprint : Madrid : Hernando, [1893?]
Format : 24 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA
DEL GRAN CAPITAN
GONZALO DE CÓRDOBA,
Y SUS AMORES CON ZULEMA

DESPACHOS:

MADRID — Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA — Bou de la Plaza Nueva, 13.


ES PROPIEDAD

HISTORIA

DEL GRAN CAPITAN

GONZALO DE CORDOBA.

CAPITULO PRIMERO.

Llegada de Gonzalo al campo cristiano.—Sus amores.—Nómbranle embajador de Fez: hace firmar la paz á este rey.—Peligro en que se halla.—Huye embarcado y naufraga en una tempestad.—Descubre un navío: encuentro que tiene con él.—Combate y victoria del héroe, del que sale herido.—Llegada á Málaga.

La magnánima Isabel I de Castilla acababa de poner sitio á Granada, córte entonces de los moros, en el año de 1490, cuando llegó á su campamento un guerrero cristiano llamado Gonzalo Fernandez de Córdoba; su elegante presencia, su noble semblante y la bella arrogancia de su cuerpo, le hacian pasar por uno de los mas gallardos caballeros. La ilustre reina Isabel le recibió con mucha alegría y le honró con muchas distinciones. Criado en los combates desde su niñez, Gonzalo era el mas valiente que criaran los tiempos: su fama no solo la conocian los cristianos, sino tambien los moros, y su nombre infundia mas pavor en ellos cual ninguno otro caudillo de los cristianos. Para acreditar esto mismo, Gonzalo salió un dia á hacer una escursion hácia la ciudad enemiga: llega al pié de sus muros, acompañado de su amigo Lara y de otros varios caballeros, y entró haciendo estragos hasta el centro de la poblacion; los moros al verle retrocedian asustados, y Gonzalo llevado de su mismo valor siguió adelante hasta llegar frente al palacio del rey Boabdil.

La hermosa princesa Zulema, hermana del rey é hija del desgraciado Muley-Hasen; Zulema, que desde su infancia eclipsaba todas las bellezas del Africa y España, salia en medio del pueblo aterrado, pero se desmayó á la vista de la carnicería y temblando cayó de rodillas en las gradas del palacio. En este mismo instante Gonzalo se adelanta intrépido, espada en mano, cubierto de sangre, abriéndose camino al través de las víctimas y de los fugitivos. Corre, vuela, llega á la princesa y..... Su espada queda inmóvil, su mano detiene al fogoso bruto y contempla aquel rostro encan-

tador que el dolor hermoseaba. Gonzalo sintió palpitar su corazon con el dulce veneno del amor, olvídase de Granada, de la guerra y del peligro en que está y va á tranquilizar á la princesa; pero los enemigos vuelven sobre él y le acometen por todos lados. Los innumerables golpes que descargan sobre sus armas, le arrebatan sus tiernos pensamientos; vuelve en sí, quiere pelear, mas son tantos los enemigos que parece imposible deje de sucumbir; sin embargo, se revuelve contra ellos y sale de la ciudad al escape de su animoso caballo, pero no sale como entró: su corazon entonces no amaba, y ahora ya ama, ya ha grabado en su alma una imágen que no puede desechar. A pesar de todo, el deber le hace triunfar de su amor, y se dispone á partir á Africa con una embajada que le encargara su reina. Deja las deliciosas campiñas de la Bética, y pasa á Berbería para presentar un tratado de paz al rey de Fez; pero este rey, bárbaro por naturaleza, le recibe muy mal y hasta le persigue. Gonzalo busca los sitios mas apartados y solitarios, y allí sobre las cimas de los peñascos ó debajo de las palmeras piensa en la mora que adora su corazon, y manda mil ayes y suspiros al viento para que se los lleve en sus alas, y canta al compás de las olas y de los céfiros.

Cansado ya de que el rey de Fez no queria admitir su embajada, un dia que sabe tiene que ir á la mezquita le sale al encuentro, córtale el paso, y en ademan arrogante le dice: «Rey de Fez, si no firmas este tratado que yo te presento en nombre de mis reyes, cien mil cuchillas empuñadas por valientes guerreros, esterminarán tu trono y tus vasallos.» Túrbase el rey, vacila, pero la fuerza de las palabras de Gonzalo le hacen firmar: y el héroe pasa tranquilamente por medio de las filas de los moros, sin que ninguno se atreviera á hacerle nada ni á dirigirle el mas mínimo insulto. Márchase al palacio donde habitaba y no piensa mas que en la bella mora y en regresar á España por si logra volverla á ver.

Así pasó la noche asomado á una de las ventanas de su palacio. La placentera luna se empezaba á destacar con majestad y brillo sobre la region azul; ninguna nube habia que empañase sus blancos rayos, y solo se oía la voz de un hombre. Púsose Gonzalo á escuchar y notó que era la de un prisionero español, y mas se confirmó en su idea cuando oyó las cadenas que arrastraba el infeliz. Bajó del palacio y fué á preguntarle cuál era el motivo de su cautiverio. El prisionero al conocerle se arrojó á sus pies y cogiéndole luego de un brazo le llevó á un sitio retirado, y que nadie podia oirlos.

—¿Qué quieres? le dijo Gonzalo.

—Gran capitan, le contestó, correis un peligro grandísimo si permaneceis en este país; este rey tan tirano tiene apostados una porcion de esclavos para asesinaros y robaros el tratado. Gonzalo se inmutó, pero el cautivo siguió diciéndole:—Venid conmigo, que yo os proporcionaré un vestido de moro con que podais escaparos sin ser conocido.

Acepta Gonzalo, rompe las cadenas del cautivo y le sigue por un espeso bosque; llegan á una cueva y allí tenia el cautivo dos vestidos: acomódase cada uno el suyo y vuelven á la ciudad; pero en el camino encuentran todos los esclavos pagados por el rey para asesinarle: corren á la playa, donde hallan una barca de un pescador, y Gonzalo con aquel generoso cautivo entran en ella dando gracias á Dios por su mucha bondad.

La mar estaba tranquila, las ondas se mecian blandamente al impulso del viento, la barquilla se columpiaba sobre sus enormes moles, como los pájaros sobre las ramas de los árboles: mas de repente empieza á soplar el viento del Norte con una fuerza increible: las olas se agitaban unas contra otras, y mugiendo embravecidas iban formando montes de espuma; la débil barquilla era juguete de su furia, y bajando de lo alto de una ola con rapidez vino á estrellarse deshaciéndose en pedazos contra un navío que corria la misma tempestad. Gonzalo y el viejo cautivo tragan las amargas olas; pero sin desampararse mútuamente se asen de un cable, suben por él y saltan en el navío.

¡Qué espectáculo se ofrece á su vista! Al resplandor de los relámpagos, Gonzalo descubre una hermosa jóven atada á un palo del navío cubierto el rostro de lágrimas y cercada de soldados negros que la amenazan con las espadas. Acércase á la jóven y queda sin querer creer lo que vé: aquella era la princesa Zulema, la hermosa que vió en Granada y adoraba su corazon; corta ansioso sus ligaduras; quieren los esclavos estorbarlo, y él desenvainando su acero acomete contra ellos, los hace sucumbir á unos en las olas, y á otros con la punta de su espada; y mientras tanto el viejo cautivo daba libertad á los esclavos que iban prisioneros en el navío, júntanse todos con Gonzalo, consiguen de este modo la victoria quedando libres de sus opresores, y salvando al mismo tiempo á la princesa Zulema.

Esta se arroja á los pies de Gonzalo y le dice:—El Dios de todo lo criado te dé la felicidad que te desea la desgraciada princesa Zulema, hija de Muley-Hassen, por haberla libertado del poder de los satélites de Alamar.

Gonzalo estrecha sus manos y la contesta:—Bendita seas mil veces tú, la mas hermosa de todas las moras; tú, á quien yo adoro y por quien doy gracias á Dios por haberte encontrado y al mismo tiempo salvado.

El carmin cubre el rostro de la jóven Zulema y no se atreve á contestar á Gonzalo; su alma empieza tambien ya inflamarse por el amor, pero viendo la nobleza de su salvador, le preguntó:

—Dime tú, quien quiera que seas, ¿cuál ha sido el motivo que te ha movido á salvarme?

—Tu belleza y tu virtud, respondió Gonzalo tristemente.

La mora se arroja á sus pies, hacen lo mismo los esclavos y bendicen todos juntos al salvador de sus vidas; Gonzalo tambien da gracias á Dios; pero su corazon se empieza á turbar; poco á poco va perdiendo el conocimiento y cae sobre las tablas del navío; recógenle entre todos, llévanle á la mejor habitacion y ven una profunda herida en su pecho. Zulema es su constante enfermera, el viejo su médico y todos á porfía le asisten con el mayor esmero y cuidado.

El mar estaba en calma, los vientos no agitaban las olas, y las nubes habian descubierto el brillante azul del cielo. Zulema manda dirigir el navío á Málaga, ciudad que obedece á su padre Muley-Hassen; y al otro dia al salir la aurora con sus rayos de púrpura y al esparcirlos por la faz del mundo, tocaba el navío en la playa de Málaga. Al reconocer sus habitantes á la princesa, empezaron á victorearla; llenaronla de vivas y aclamaciones, y Zulema en medio del júbilo y contento de todos, llegó á su palacio, mansion entonces de la tristeza, pero bien pronto del placer y la alegría. Gonzalo fué colocado en el mejor aposento: llamaron dos célebres facultativos en el

arte; examinaron su herida y vieron que no era mortal; la princesa los remuneró con todos los dones posibles porque salvasen á su libertador.

Ocho dias pasaron y Gonzalo estaba cada vez mejor recobrando la salud de su cuerpo, al mismo tiempo que la princesa llenaba de esperanza su vida y corazon.

CAPITULO II.

Tiernos sentimientos de Zulema creyendo que Gonzalo es un príncipe africano.—Convalecencia de Gonzalo.—Sus amores con Zulema.—Llega Muley-Hassem con tres abencerrajes.—Zulema es prometida al vencedor de Gonzalo.—Hablan este y la princesa y se revelan sus amores.—Parte Gonzalo con los abencerrajes y se descubre.—Combate del héroe con los tres moros; sale vencedor y va á unirse con su ejército.

Deliciosas eran las horas que pasaba Gonzalo y la princesa Zulema; tiernos los instantes en que reunidas sus almas, en una sola mirada gozaban del amor que sus corazones sentian, pero que ninguno queria declarar. Mil veces le preguntaba la princesa á Gonzalo por su nacimiento, su familia y su patria; y Gonzalo solo responde con el silencio. Zulema teme incomodarle y solo lo que hace ya es pulsar el laud y cantarle dulces trovas en que ensalza los hechos de sus antepasados; cree que Gonzalo es algun príncipe africano que la ha visto alguna vez y no quiere descubrirse; consuélale cuando está triste; cura su herida con su blanca y torneada mano y siempre está á su lado para servirle en todo cuanto quiera.

Gonzalo cada dia que pasa al lado de la princesa gusta mas de su hermosura, y ya no puede vivir sino viéndola y amándola: cuando siente el contacto de su mano, y cuando debajo de un bosque de lilas ó jazmines sus respiraciones se confunden, Gonzalo se extasía contemplándola, y nada le importa el mundo entonces, pensando solo en su amor. Cojido siempre del brazo de su amada recorre con un placer grandísimo los bellos jardines del palacio de su querida mora. Su convalecencia es penosa, porque su herida fué terrible.

Era una tarde en que el céfiro movia las flores y hojas, los pájaros cantaban alegres entre los árboles, y los mansos arroyuelos con su agua limpia y trasparente murmuraban placenteros por entre el musgo y la grama. Gonzalo, sentado junto á la princesa Zulema y al lado de una hermosa fuente, escuchaba embelesado las palpitaciones dulces que se desprendian del arpa que tocaba su adorada, cuyos sonidos causaban una grata sensacion en su corazon, y arrobado de amor decia á la princesa:

—Te amo, princesa hermosa, encantadora Zulema, tú sola has hecho palpitar á mi corazon; corresponde al amor que te tiene un desgraciado que está lejos de su patria.

Zulema no responde á las palabras de Gonzalo, porque su corazon siente mas que puede decir su boca.

Así estaban cuando llega un paje que le trae la feliz nueva de que ha llegado Muley-Hassem con tres abencerrajes: corre entonces Zulema para recibir á su padre. El anciano la abraza y con lágrimas en los ojos esclama: ¡Al fin te vuelvo á ver! Mi muerte era cierta, Zulema, si tu ausencia hubiese durado mas. La princesa le cuenta cómo habia sido arrebatada por los satélites de Alamar, habiéndola conducido á una nave, y que estando en alta mar, un príncipe africano que el cielo le envió en medio de una tempestad, la habia librado del furor de sus enemigos.—¿En dónde está? pregunta Muley: ¿En dónde el que te salvó la vida? Al oir esto la princesa coje la mano á Gonzalo y se lo presenta. Muley-Hassem se arroja á sus brazos al oirlo, le llama su bienhechor y el libertador de su hija: Gonzalo estrecha afectuosamente al padre de la que mas ama. Los tres abencerrajes se corroen de envidia el corazon, y sienten encontrar aquel rival tan valiente, y mas cuando ven la turbacion que muestra Zulema en los ojos al mirarle. Los celos empiezan á ocupar sus corazones; sin embargo tienen que cumplimentar á Gonzalo y al mismo tiempo agasajarle.

Pasaron tres dias, y Gonzalo ya bueno, pensaba sí en volverse á su ejército, pero la mirada amorosa de la princesa le detenia á su pesar.

Una noche en que brillaban en el firmamento las estrellas sin que la reina de la noche viniese á oscurecer sus fuegos, estaban sentados en medio de un salon de mármol ó la orilla de un grandioso estanque, Muley-Hassem, su hija Zulema, Gonzalo y los tres abencerrajes: mandó Muley que sirviesen la última comida del dia: hiciéronlo así adornando los manteles con fragantes y variadas flores y con los manjares mas esquisitos que puede apetecer gusto humano; antes que concluyesen de cenar y cuando parecia que el placer sonreia desde su trono de flores y oro, llegó un paje todo azorado y en la mayor confusion. Pregúntale Muley el motivo y él contesta: Poderoso rey, el cristiano mas valiente de todos, el que mas pavor estiende en nuestras filas, acaba de llegar á las costas de este mar; así lo manda á decir el rey de Fez, que Gonzalo de Córdoba se ha escapado de su reino, y ha venido á parar aquí. Túrbase Muley-Hassem y los tres abencerrajes; Zulema se asusta, pero Gonzalo permanece tranquilo.—Grande ocasion, esclama Muley, se os presenta, ¡oh abencerrajes! Los tres ardeis en amor, tiempo há, por mi amada Zulema; los tres sois dignos de ella, pero hasta ahora su corazon no ha mostrado á quién da la preferencia. La gloria decidirá ahora lo que no ha decidido el amor. Id en busca de Gonzalo, atacadle cada uno de por sí, y sea el vencedor el esposo feliz de Zulema.

Confusa quedó esta al oir las palabras de su padre, pero aun mas lo quedó Gonzalo: y la hermosa princesa conmovida y llorando, dijo así á Muley:

—Padre, no es justo que vayan solo á combatir los abencerrajes, sino que tambien este ilustre caballero, dijo señalando á Gonzalo, que me ha salvado la vida exponiendo la suya, querrá tal vez ir á combatir con ese cristiano, para que si le vence obtenga tambien el premio que habeis ofrecido á los abencerrajes.

El corazon de Gonzalo rebosaba de alegría, así como el de los abencerrajes en envidia al oir las palabras de Zulema; y el padre viendo que Gonzalo callaba, le dijo:

—Noble caballero: quien quiera que seas, ¿aceptas la proposicion que ha hecho mi hija en tu obsequio?

—Sí acepto, contestó Gonzalo; y yo os prometo, añadió encarándose con sus rivales, llevaros al sitio donde hallareis á ese cristiano tan temido y donde podais medir vuestras armas con las suyas, nobles abencerrajes.

—Gracias, contestó uno de ellos, que era el jóven Velid; los abencerrajes vivirán siempre agradecidos á tal favor.

Con esto se levantaron de la mesa; la hermosa Zulema acompañó á su padre hasta su cuarto, y Gonzalo citó á los abencerrajes para el otro dia á las seis en un bosque distante una legua de la ciudad.

Poco despues de la comida se fué Gonzalo á pasear por los hermosos jardines del sultan, y su imaginacion en nada pensaba sino en la bella y casta Zulema. Internóse por los bosquecillos de flores, y cansado de andar se sentó en un banco de mármol para descansar.

Llena de inquietud Zulema busca tambien la soledad, y la casualidad ó mas bien el amor, la conduce al mismo paraje que Gonzalo se habia dirigido; á la vuelta de una arboleda se encuentran ambos, y ambos se quedan admirados.

—¿Eres tú? la dice el enamorado Gonzalo con voz turbada. Aun puedo verte y decirte adios por última vez.

—¡Qué oigo! interrumpió la princesa; ¿y tú me hablas de verme por última vez? ¿acaso crees morir yendo á pelear con Gonzalo? Pues bien, sabes que te amo, que no seré de nadie en este mundo sino de tí, y que si sucumbes en el combate, Zulema siempre llorará tu muerte: mas quisiera antes, ya que te he dicho todo lo que siente mi corazon, que me dijeras quién eres, para saber el hombre por quien ha palpitado mi corazon.

Gonzalo se sonrió tristemente; no se atrevia á aventurar su felicidad de una sola palabra; y fluctuando entre el temor y la esperanza, la dijo:

—Zulema, del único modo que podrias ser mia, es venciendo yo á Gonzalo; y esto es imposible, porque no puedo entrar en combate con él.

—¿Y por qué no? Acaso Gonzalo es capaz de una accion tan heróica como fué la tuya cuando me salvaste en el navío donde iba prisionera? ¿Por ventura no te atreverás á combatir con un solo hombre cuando lo hiciste entonces con ciento? No, nunca creeré que una persona que me ama no se atreva á lidiar con un enemigo mortal de mi patria.

—No creas eso, Zulema; si el mundo entero quisiera luchar frente á frente conmigo por tu amor lucharia, pero con Gonzalo es imposible, porque ese cristiano á quien tanto aborreces y por quien te ofrecen por premio al que le venza, ese cristiano... soy yo.

Suspensa quedó Zulema al oir á Gonzalo, y este estrechando su mano la dijo con efusion:

—No creas por eso, hermosa Zulema, que nunca osaré profanarte, ni que nadie mientras viva, y mi brazo pueda sostener el escudo y blandir la lanza, se atreva si no á mirarte como la más hermosa de las mujeres; pero si mi vista te repugna, si reniegas del amor que hasta ahora me has tenido, toma mi espada, pasala por mi pecho, que de ningun modo moriré más gustoso que viniendo la muerte de tu mano.

—No, Gonzalo, no, le respondió Zulema; tú has sido el mas generoso para mí, á tí debo la vida, y solo por tí ha suspirado la desgraciada Zulema: y no pienses tampoco que yo te olvide, nunca lo haré; pero nuestro enlace no podrá ser, porque mi padre te aborrece; mas ya que has sido tan franco conmigo, tambien yo debo serlo. La misma religion que tú profesa Zulema desde pocos dias de haber nacido: su padre nunca lo ha sabido; y solo Gonzalo es la persona a quien lo he revelado.

Gonzalo, al ver la verdad retratada en el semblante de Zulema, se arrojó á sus pies y juró amarla eternamente.

—Alza, le dijo Zulema levantándole; que la hija desgraciada de Muley-Hassen te dará armas con que puedas combatir y vencer á los tres abencerrajes, y hasta pediré á mi padre la armadura del conde de Simancas que está en la mezquita de la ciudad, y que mis antepasados se la quitaron despues de haberle vencido. Solo una gracia exijo y pido por nuestro amor, que huyas siempre de un combate con mi hermano Almanzor.

—Lo juro ante el cielo, la contestó Gonzalo, y estampó sus lábios sobre la blanca mano de Zulema. Un carmin vivísimo subió á sus mejillas, y saliendo del jardin donde estaba oculta se dirigió hácia el palacio. Gonzalo la acompañó hasta la puerta, y se retiró á descansar hasta la llegada del dia.

Cuando este apareció á las puertas del Oriente matizando de púrpura el firmamento, salió Gonzalo de su habitacion, montó en un brioso caballo árabe, empuñó las armas del valiente conde de Simancas y se dirigió hácia el sitio donde habia citado á los abencerrajes. Llevaba un escudo de bruñido acero con relieves de plata, y en medio de él un ave Fénix con un letrero en que se leia: «*No tiene igual.*»

Al llegar al sitio encontró allí á los abencerrajes que ya ansiosos montados sobre valientes caballos del Africa, adornados sus turbantes de ricas y brillantes perlas, colgando de sus cabellos trenzadas borlas de seda y engastados los puños de sus alfanjes en diamantes y esmeraldas, aguardaban á Gonzalo. Llegó este y se admiraron de su traje á la usanza cristiana.—¿Quién eres? le preguntó Omar, que era el mayor de todos.—Nada te interesa saberlo, le respondió Gonzalo.—Pues entonces, ¿á qué vienes vestido como los cristianos, y no ciñe tu frente el glorioso turbante del Profeta?—Porque esa religion que vosotros seguís no es la que yo profeso.—No importa, interrumpió Zoir, que era el segundo: nosotros no venimos aquí para saber tu religion, sino para que nos lleves á presencia de Gonzalo como nos lo prometiste.—No teneis necesidad de andar mucho, le contestó éste, porque ya estais en presencia de él. Los abencerrajes miraron en torno suyo y nada vieron.

—Soy yo, gritó Gonzalo con arrogancia; yo soy vuestro enemigo y además vuestro rival. Yo adoro á Zulema, y ninguno de vosotros puede esperar su mano, sin arrancarme antes la vida. Vosotros mismos la habeis puesto ese precio: venid pues á merecerla.

El orgulloso Omar, ardiendo en envidia y furia se arrojó á su contrario sin darle tiempo para parar bien los primeros golpes; mas vuelto Gonzalo en sí, recibió con serenidad las cuchilladas del moro; y cansado de no hacer sino parar, atravesó con su lanza el pecho del sarraceno, que conclu-

yó su vida con un chirrido de dientes espantoso. Visto esto por el segundo que los contemplaba, se fué contra Gonzalo con tanta fuerza, que le hizo retroceder un paso.—Mas te valiera, Zoir, le dijo entonces el cristiano, el haberte estado en Africa: tu valor hubiera servido mas á tu pátria. Tamaño insulto no lo pudo sufrir el abencerraje sin arder en cólera.—Defiéndete, cristiano, gritó con voz bronca y terrible. Gonzalo se estuvo en guardia, y no hallando otro medio de concluir con él, de una cuchillada dividió la cabeza del moro. Corrió el tercero al punto, y aprestándose para el combate, le dijo:—Cristiano, si es que estás cansado por haber lidiado con dos, descansa y despues podrás entrar en combate. Gonzalo se sonrió y le contestó:—No creas, jóven Velid, que mi brazo se ha cansado por haber luchado, porque eres todavía muy jóven, y aun apenas te comienza á salir la barba. El jóven moro se sonrió al oir las palabras de Gonzalo, y para que viese que no tenia miedo, se fué hácia él con el alfanje desenvainado. Recibióle Gonzalo con su espada y riñeron largo rato, hasta que Gonzalo dió tal impulso á su caballo, que cayó el moro por el suelo; pero lo mismo fué caer que levantarse, empuñó su alfanje y esperó al cristiano que ya se habia bajado de su caballo. Volvieron á chocar sus aceros, y Velid se defendió con heroicidad; pero Gonzalo, de un golpe arrojó por el aire el alfanje del mulsaman. Quedó este á merced de su contrario; mas el cristiano corrió á recoger el arma para entregársela, diciéndole:

—Créeme, Velid, no me fuerces á derramar mas sangre de abencerrajes, vuelve á Muley-Hassem, dile cuánto me duele el error en que le dejé; que voy á solicitar de mis reyes una paz dichosa; asegúrale que en este Gonzalo que mira como enemigo, hallará siempre el respeto y afecto que todos deben á sus virtudes. Y le dió luego la mano en señal de amistad: estrechósela el abencerraje con estusiasmo, y le dijo:

—Generoso cristiano, jamás he conocido hombre tan honrado y valiente como tú; yo te juro no incomodar en nada á Zulema y derramar mi sangre por su honor y el tuyo.

—Gracias, jóven Velid, le contestó Gonzalo: siempre te estaré reconocido, y dí de mi parte á la hermosa Zulema, que con su amparo he vencido, que siempre la tendré gravada en mi corazon; y que si algun dia llego á sucumbir, que derrame una lágrima de amor por mí.

—Así se lo diré, repuso el moro volviendo á estrechar su mano.

Separóse Gonzalo de él y partió para el ejército cristiano.

CAPITULO III.

Situacion de Gonzalo.—Continúa su camino por sendas desconocidas.—Sentimiento de Lara por la ausencia de Gonzalo.—Encuentra Lara un moro mientras ronda de noche; cuéntale este su historia.—Zora desafia á Lara.—Combate y muerte de los dos esposos.

Triste era la situacion en que se encontraba Gonzalo: poseido de un amor que alimentaba sin cesar, separado, quizás para siempre, de la persona á quien amaba, y obligado á pelear con los moros donde estaba el hermano de la hermosa Zulema, Gonzalo padecia y su alma se agitaba por contínuas ideas; ni un solo instante tenia de reposo; bien fuese por la noche, por el dia ó en el cualquier hora, no descansaba: la princesa Zulema estaba fija en su pensamiento, y no se apartaba un solo momento de él; ya ni se alegraba, ni se atrevia á entrar en lid con los moros por temor de que alguno de ellos fuese el hermano de Zulema. Lleno de estas nobles ideas, Gonzalo se encamina hácia el campo cristiano por las Alpujarras.

En tanto Lara, el amigo de su infancia y el inseparable compañro de su juventud, se dolia de su ausencia: creia que habria perecido en Africa, y cada dia que pasaba era mayor su impaciencia.

En una de las noches que rondaba el campamento, iba acompañado de algunos ginetes, fija la imaginacion en su inolvidable Gonzalo, se apartó distraidamente de los atrincheramientos; soltando la rienda á su caballo marcha entre el silencio y la oscuridad del campo. En esto el héroe sorprendido oyó en medio del bosque los acentos de una voz que cantaba. Paróse á oirla, y cuando concluyó se fué hácia donde salia, y su admiracion fue grande al ver un jóven guerrero con arco y flechas, montado en un hermoso caballo mas blanco que la nieve, sin bridas ni estribos, y que obedecia á su voz, desnudas las piernas y los brazos, y solo sujetos ambos con magníficos brazaletes de oro guarnecidos de piedras preciosas; en su izquierda embraza un escudo, mientras su diestra empuña cuatro flechas; su turbante, tambien adornado de piedras, y su gallarda figura le hacian creer un genio de amor. Lara al verle á la claridad de la luna reconoció en él uno de los jefes de los bereberes que habian venido de los desiertos de Africa en auxilio del rey Boabdil de Granada. Mandó á cuatro de los suyos que le prendiesen; pero el bereber colocando las flechas en su arco, de cuatro disparos dejó cuatro hombres en el suelo. Admiróse Lara de su valentia, y queriendo rodearle por todas partes, hizo que sus soldados formasen un círculo alrededor: mas el africano rompió las filas de los cristianos,

adelantóse entonces Lara hácia él y el bereber viéndole llegar solo, desenvainó su alfanje, y trabóse una mortal pelea; mas la espada del valiente cristiado corta el escudo del moro y de un golpe le derribó por el suelo bañado en sangre; púsose su caballo al lado para defenderlo dando tristes relinchos, y cuando vió que su amo no se movia, partió á través de las filas españolas con la velocidad del rayo, y desapareció: pasmáronse los cristianos y Lara mandó recoger el cuerpo del desgraciado bereber que todavía estaba sin sentido; prestóle todos los auxilios necesarios, llevóle á su tienda y vió que la herida no era profunda: hizo que le curasen bien, y el bereber entonces abrió los ojos y se vió en poder de los cristianos. Un estremecimiento corrió por su cuerpo y sus lábios murmuraron un nombre.

Lara que le observa, conoce fácilmente que algun pesar violento le oprime, y no pudiendo resistir á la sensacion tierna que produce en su alma la vista del infortunio, le dice:—Valeroso africano, mi victoria no iguala á las hazañas que te he visto hacer; perdona la suerte de las armas y sufre con serenidad una desgracia comun á todos los guerreros; pero creo que no soy yo la única causa de tu pesadumbre; si acaso puede confiarse, yo merezco saberla, pues no creas que estás en poder de algun bárbaro, sino en el de Lara que te puede proteger.

El jóven africano al oir el nombre de Lara se alegró sobremanera, y alzando la cabeza, le dijo:

—¿Tú eres el generoso Lara de quien nos cuentan tantas proezas?

Lara se sonrió y le insta á que le refiera sus pesares. El bereber prosiguió:

—Pues escucha mis desgracias, ¡oh generoso Lara! y en cambio solo te pido que intercedas por mi libertad.

Yo nací entre los pueblos pastores del Desierto: mi nombre es Ismael, hijo desventurado de uno de los Cheiks de Berbería: nuestra tribu es errante: desde niño mi padre me enseñó á tirar el arco y manejar un caballo con solo la voz: acostumbrado desde pequeño á luchar con las fieras, mi mayor diversion era combatir cara á cara con el poderoso leon ó con el taimado tigre. Se habia criado en mi compañía una niña, hija de otro de los Cheiks amigo de mi padre y que habia perecido en un combate; esta preciosa niña fué creciendo al abrigo de mi amistad, y los dos desde pequeños nos profesábamos el amor mas acendrado que pudo crearse. Su nombre es Zora, y su hermosura sin igual. Cuando ya pudo sostener el arco, yo se le enseñé á tirar, y al mismo tiempo tambien á dirigir un caballo con la voz, lo mismo que mi padre me lo habia enseñado á mí: así pasamos los primeros años de nuestra vida, felices, porque esperábamos el dia en que debíamos unirnos para siempre y darnos el dulce nombre de esposos: nuestras costumbres eran inocentes y nuestros manjares sencillos, pues generalmente nos manteníamos de leche pura, de arroz y de sazonados dátiles. Llegó la época de nuestro himeneo, y mi padre me señaló el dia en que debia el cielo hacernos felices. Amaneció este alegre y sereno, y el sol brillaba con todo su esplendor, y todo parecia que nos anunciaba felicidad. La hermosa Zora, montada sobre un camello y cubierta con un velo finísimo, fué paseada por todo el campo: llegó á mi casa risueña y contenta y me dió el dulce nombre de esposo; los moros bailaban de alegría alrededor de nos-

otros y de nuestra casa, y una porcion de juegos se hicieron por nuestras bodas. Pasé aquel dia de felicidad, y al otro, cuando mas contentos comíamos al lado de un arroyuelo, llegó un emisario de Boabdil, poderoso rey de Granada, y pidió á mi padre y á todos los caudillos socorro en nombre del Profeta para auxiliarle en la guerra que tenia con los cristianos.

«Hijos de Agar, nos dice: vuestros hermanos de Granada imploran vuestro »auxilio; aquella soberbia capital, único resto de nuestras conquistas, va á »caer en poder de los cristianos. De los extremos de España los enemigos de »nuesta fé se han reunido debajo de sus muros. Dueños que sean de la ciu»dad, pasarán al Africa, vendrán á incendiar vuestros hogares, reducirán á »cenizas vuestras mezquitas, ultrajarán vuestras mujeres y llevarán á sangre »y fuego vuestros pacíficos campos; cuando intenteis rechazarlos, sus vic»torias los habrán hecho invencibles. Entonces invocareis el Ser Eterno, »pero El os castigará por haber olvidado que debeis prodigar vuestra sangre »en defensa de su ley.» Estas palabras inflamaron la juventud y persuadieron á los ancianos. Mi padre al momento formó consejo, y junto con los demás deciden que la flor de nuestros guerreros marche á socorrer á Granada. Al punto se oye resonar por todo el campo: ¡al arma, musulmanes! ¡á caballo, hijos del desierto! A esta voz, diez mil guerreros saltan sobre sus veloces caballos, de los cuales escogió mi padre seis mil, y me nombró su jefe. Zora lloró al ver que al otro dia de enlazarnos nos íbamos á separar; postrada delante de mi padre y con lágrimas en los ojos le pidió la dejasen venir conmigo á España, pues diestra en el ejercicio de las armas era digna de acompañarnos; negóse mi padre á ello, pero las lágrimas que vé sobre su rostro y el interés que se tomaron mis compañeros porque viniera, le deciden al fin y se lo concedió gustoso. Salimos de Berbería y vinimos á desembarcar á Almería; llegamos despues á Granada y el rey Boabdil nos recibió con grande placer y alegría; pero la inocencia de Zora se empezó á resentir en medio de la córte de los zegríes; sus costumbres corrompidas y sus vicios contínuos herian su pudor, y su virtud se veia á cada instante en peligro. Poco tiempo la bastó para que aborreciese esta córte de vicios, y para que desease volver otra vez á Berbería á gozar de sus pasiones puras y arregladas; así era que no hacia mas que llorar, rogándome cada dia que á lo menos la alejase de un rey que ya no conocia ni freno ni remordimientos.

Al fin se presentó la ocasion, pues cuando los cristianos quisieron atacar á Cártama, cuya ciudad necesitaba socorros, aunque me extremecia el pensar en separarme de Zora, pedí al generoso Almanzor, el único digno de mi estimacion, que la dejase partir allí, lo que me concedió gustoso. Fuése allí con parte de mis guerreros, y el gobernador la recibió con grande acatamiento y respeto; pero despues, corrompido con las costumbres de la Córte, ha osado poner los ojos en Zora, declarándola su amor. Apenas lo supe, resolví ir á Cártama y buscar ocasion de pasar mil veces la espada por el corazon del insolente gobernador. Ya estaba esta noche en camino, halagado con la idea de unirme con Zora para no separarme jamás de ella, y con la esperanza de vengarme de un traidor, pero la suerte ha querido que cuando iba lleno de amor y alegría, me encontrara con vosotros, que habeis causado, sin saberlo, mi desgracia, porque Zora creerá que me han matado, y no sé lo que será de ella. Esta es la causa de mi llanto.

Calló el bereber y Lara trató de consolarle. En aquel instamte fué á ver á los reyes para que le diesen la libertad; pero estos no pudieron escucharle, porque á la sazon estaban en consejo con el gran Cristóbal Colon, que les proponia el descubrimiento de un nuevo mundo.

En tanto la hermosa Zora esperaba ansiosa á su adorado Ismael; mas en vano, y no pudiendo ya soportar el horrible tormento que sentia, toma un vestido de guerrero y sale á buscarle; pero nada vió: su corazon latia de zozobra, hasta que oyó un ruido como de pisadas, y queda inmóvil al descubrir el caballo de su esposo; vióle ensangrentado y se persuade que su dueño pereció sin duda entre las manos de algun español. El dolor y el amor la sacan de si, arrójase sobre el caballo, acusando al cielo, implorándole y jurando vengar á su querido Ismael. El inteligente animal dando un relincho lastimero echa á andar con celeridad, y llevan lo á Zora al mismo sitio donde habia caido su amante, se para: la jóven mira y ve tendidos á los cuatro españoles que inmoló el bereber. Ya no duda de su desdicha, busca el cuerpo de Ismael, reconoce su roto escudo y vé la tierra humedecida de sangre. Entonces despide lamentables gritos; pero en medio de sus tristes quejas oye gemir á uno de los cuatro españoles, corre hacia el infeliz y vé que respiraba todavia. Zora lo socorre, procura volverle en sí, y luego que ha recobrado el habla, le pregunta acerca del combate, de sus heridas, y por aquel escudo ensangrentado. El soldado agradecido la dice que un bereber los ha dejado por el suelo; pero que Lara los ha vengado haciendo pedazos aquel escudo, y que aquella sangre es la del bereber derramada por la mano del mismo Lara.

Zora sin responder tiende la vista alrededor pensando dar fin á sus dias, pero el deseo de vengar á Ismael detiene su brazo; aprieta la mano al español y le dice: amigo, enséñame el camino del campo donde respira ese Lara.... El soldado admirado, le indica el camino que ha de seguir. Zora se entrega á la velocidad de su caballo, y llega á las trincheras del campamento cristiano; los guardias quieren detenerla, pero ella sin atender á sus voces les dice: Id á comunicar al cruel Lara que el gobernador de Cártama lo desafía y lo espera aquí. Los guardias se pasman de tanta osadía, y dudan si deben obedecer; pero el respeto de los españoles á un guerrero que pide la lid es para ellos una ley sagrada; va uno de ellos á darle aviso en su tienda, mas Lara no habia vuelto todavía. Ismael, que le esperaba impaciente, sabe por el mensajero que el gobernador de Cártama ha venido á desafiar á Lara, levántase, encendidos de furor los ojos: ¡justo Dios! esclamó: Tú lo traes á mis manos. Procura Ismael de ganar al guardia, le entrega los brazaletes de oro, y le ofrece disculparle con Lara; por fin, disfrázase con la armadura de Lara y corre al sitio donde le esperara el fingido gobernador.

Apenas se descubren, engañados por la oscuridad de la noche, llenos de implacable ódio, nacido de su propio amor, ninguno pronuncia una sola palabra; ambos temen igualmente de ser conocidos; ambos tienen igual interés en ocultarse; se arrojan uno contra otro creyéndose los dos mayores enemigos, se arremetieron con tal furia y denuedo, que retrocedieron del golpe, pero volviéndose otra vez á arremeterse hiriéronse mortalmente; los dos cayeron al suelo, y Zora al caer hunde la espada al pecho de su contrario, y le dice: muere, bárbaro, pero antes de espirar, sabe que mueres á manos de Zora, la esposa de Ismael, que venga al esposo que adoraba. En-

tonces Ismael conoció toda su desgracia; acercóse arrastrando hácia ella y se descubrió. Zora al conocerle dió un grito y se arrojó sobre él; ambos se estrecharon y pocos momentos despues exhalaban el último suspiro.

En aquel instante llega Lara á su tienda con el perdon de Ismael, y cuando andaba buscándole por todas partes, dícenle que ha ido á batirse con el gobernador de Cártama que habia venido á desafiar á él; corre entonces al sitio y encuentra los dos cadáveres, que por las noticias que le dan los guardias que los habian estado observando, sabe que son los de Ismael y Zora su esposa.

CAPITULO IV.

Dolor de Lara por la muerte de Ismael y Zora.—Llega Gonzalo al ejército; alegria de este.—Almanzor llama á Gonzalo á la lid é Isabel acepta el desafio.—Tormento del héroe.—Encuentra á Zulema en un bosque.—Asáltanle los bereberes.—Muerte de Almanzor.

Grande fué el dolor que recibió Lara al hallar los cuerpos de los dos esposos, siendo él la causa inocente sin saberlo; lloró largo rato por ellos y despues mandó darles sepultura. Volvióse en seguida á su tienda para descansar, cuando á poco vinieron á despertarle las voces y alegres aclamaciones del ejército anunciando algun feliz acontecimiento; levántase sobresaltado para saber la causa. Era que Gonzalo acababa de llegar. Vistióse en el instante y fué á buscar á su deseado amigo que estaba en la tienda de los reyes Fernando á Isabel. Llegó allí y al verle se arrojó en sus brazos; Gonzalo le estrechó fuertemente en ellos, aunque estaban en presencia de los reyes. Aquel dia le pasó todo á su lado, y al otro fue invitado á comer en la real mesa, gozando tambien Lara de este honor. La alegría del ejército ha rayado en entusiasmo; los vivas y aclamaciones se oian sin cesar; y por todas partes por donde pasaba Gonzalo era saludado con muestras de general alegría.

En cambio, los moros al saber la llegada de Gonzalo se llenan de un súbito terror; los unos quieren abandonar los sitios donde estaban de guarnicion, otros corren amedrentados á Boabdil anunciándole la infausta nueva. Advertido Almanzor por su padre del peligro que les amenazaba, se presenta á sus desalentadas tropas diciéndoles: «No huyais, hijos del Profeta, deteneos; ¿temeis que Gonzalo venga á acometeros? Sosegaos, pues yo solo pelearé con él, yo bajaré al sépulcro ó libraré al ejército del enemigo que le atemoriza.» A estas palabras se contienen los moros, y un heraldo es enviado al ejército cristiano. Llega este á la presencia de los reyes católicos, y

doblando la rodilla dice: «Vengo en nombre de Almanzor á llamar en desafío á Gonzalo de Córdoba. Mañana al amanecer delante del ejército, el príncipe le espera en la llanura de Granada.» Gonzalo lanza un suspiro, que la reina, ignorando sus amores, cree ser efecto de su gozo, y sin saber que el contendiente era hermano de la que adoraba el héroe, aceptó el reto en su nombre.

Turbado quedó Gonzalo al escucharlo: iba á hablar para decir que Zulema salvó su vida, que los mas estrechos lazos lo unen á esta princesa y que su hermano Almanzor es un sagrado para él; pero el honor impone silencio al héroe. ¿Cómo ha de negarse á un duelo y pasar por cobarde? Por fin, tuvo que decidirse por el combate, mas padece en su pecho un tormento grandísimo; habia prometido á Zulema que nunca entraria en lid con Almanzor, y al otro dia iba á quebrantar el juramento y á herir al que debia defender como hermano; pero resuelto á cumplir con su deber, piensa en desplegar toda su fuerza y astucia para preservar su vida sin atentar á la de su contrario.

Preocupado en estas ideas vino á cerrar la noche, y el cansancio le obligaba á tomar un ligero sueño, cuando de improviso llega uno de los soldados que estaba de avanzada, diciéndole que un extranjero envuelto en ancha capa, venido del campo enemigo, se habia llegado á ellos solicitando permiso para hablar con Gonzalo. El héroe, sin cuidar de ponerse la armadura, sale precipitadamente con el soldado, se adelanta hasta donde está el incógnito, mírale á la claridad de la luna y reconoce á la fiel esclava de Zulema. La alegría le hace despedir un grito, y con inquietud la pregunta en dónde está la que adora. En este bosque está, responde la esclava mostrándole una colina; por veros y hablaros hemos salido ocultamente de Granada y así disfrazada he llegado hasta aquí para llevaros á su presencia.

Al llegar Gonzalo al sitio donde estaba la princesa se arrojó á sus pies y besó la mano que esta le alargó dulcemente.

—Gonzalo, le dijo ella, he sabido que mañana vas á combatir con mi hermano Almanzor, y tal vez la espada que te dió Zulema sirva para dar muerte al mas bueno de los hermanos; la suerte ha querido que nunca nos podamos unir, porque Zulema no podrá enlazarse con el matador de su hermano; pero ¿será cierto que mañana vas á perecer ó tienes que atravesár el pecho de Almanzor con la espada de que yo te armé?

—No creas eso nunca, le interrumpió Gonzalo; ¿por ventura has llegado á creer que yo iba á herir á Almanzor? No, jamás; mi espada y mi escudo no servirán para nada mas que para parar los golpes del valiente Almanzor, y antes me dejaré matar veinte veces que tocar al menor de sus cabellos; no pienses nunca, Zulema, que la persona que sacrificaria la vida por tí, vaya á ser el que dé muerte á tu hermano.

—Y de qué sirve, Gonzalo, que tú no quieras herir á mi hermano Almanzor, si él te herirá á tí y para mí será igual? No, Gonzalo, no quiero que pienses que yo he venido aquí para que rehuses entrar en lid con mi hermano y te tenga por cobarde, pues cualqniera de los dos que sucumba me hará padecer: por lo tanto, pelea como hasta ahora, y si el cielo quiere que sucumbas, yo te lloraré hasta la muerte y te juro que no amaré, como no he amado á nadie sino á tí, pero segura de mi próximo fin, vengo á decirte por última vez....

Las lágrimas que caian en abundancia por las mejillas de Zulema y se perdian entre la yerba en que estaba sentada, interrumpieron sus palabras.

—No llores, la dijo Gonzalo estrechando su mano, que el cielo nos salvará, y si no quiere que nos unamos aquí, lo hará en el paraiso...

—Es imposible, Gonzalo, que nuestro amor llegue á realizarse; y solo de un modo podia haber sucedido.

—¿Cómo, dí, hermosa Zulema?

—Oye, Gonzalo, para que veas que toda mi solicitud la dedicaba á conseguir nuestra union y te persuadas de que desde la cima de la mas feliz esperanza me veo repentinamente sumida en el abismo del infortunio, sabe que yo tenia hablado á mi padre, se lo habia contado todo, y habia conmovido su corazon sensible. Teníamos dispuesto huir para siempre de Granada. Una nave cargada con nuestras riquezas debia llevarnos á Sicilia. Allí hubieras tú venido luego que la paz ó una tregua te lo hubiese permitido; allí tranquilos entre los cristianos te hubiera dado mi fé delante de los altares. Mi padre amado lo consentia. Allí incógnitos y olvidados del resto del mundo nos hubiéramos ocupado solamente en agradarnos y en gozar contínuamente de aquellos placeres que solo disfrutan dos almas puras; pero en el instante en que yo contemplaba las dulzuras de esta felicidad, veo que ya no puede ser, porque mañana tienes que combatir con Almanzor, para matarlo ó recibir de él la muerte.

—Zulema, Zulema, la contestó Gonzalo lleno de amor, qué hermosa y qué sensible eres; mas no creas que yo he incitado á Almanzor, sino que ha sido él quien ha provocado el combate, y la reina Isabel, mi soberana, la que ha admitido á mi nombre el desafío, pero sin yo desearlo.

—Pues bien, Gonzalo, adios; acuérdate siquiera de la desgraciada que lleva en su corazon tu imágen.

Zulema no pudo proseguir; el llanto ahogó sus palabras, perdió el conocimiento y cayó sobre los brazos de Gonzalo, que la recibió en ellos. Llamó entonces á sus esclavas para que acudiesen á socorrerla, pero nada consiguieron, porque el desmayo era demasiado intenso. Gonzalo permanecia lleno de sentimiento y al mismo tiempo de amor; largo rato estuvo sin que volviese en sí la princesa. El héroe la vé pálida, caida la cabeza y esparcidos sus cabellos, y los primeros albores del dia vienen á deslumbrarle: quiso abandonarla, mas no se atrevia á hacerlo sin darla el último adios; pero el tiempo corre y los rayos del sol comenzaban á brillar por el Oriente. Gonzalo se acordó que aquella hora era la señalada para el desafío; estrechó con efusion á Zulema, besó sus nacarados lábios, porque el carmin habia huido de ellos, y partió al momento dejando á Zulema en poder de las esclavas.

No habia andado doscientos pasos cuando oye voces y vé una tropa de gente á caballo dispersa por el monte llenando el aire de fúnebres acentos. Eran los tristes bereberes que habia dejado Zora en Cártama, que inquietos sin saber la suerte de la jóven esposa de Ismael, habian salido á buscarla desde el dia anterior y acababan de saber que habia perecido. Penetrados del dolor y ardiendo en deseos de venganza, apenas divisan á Gonzalo, sedientos de sangre española, se reunen para acometerle. El héroe saca la espada y poniéndose al abrigo de los árboles para defenderse de tantos,

mantiene á pié firme el peligroso combate, y redoblando sus esfuerzos procura apoderarse de un caballo, cuyo ginete habia derribado; ábrese paso al través de las lanzas, y ligero como un rayo desaparece de su vista.

Cuando Gonzalo se vió libre de los bereberes tomó el camino para donde habia de ser el desafío; llegó allí, pero este ya se habia verificado, porque Lara al ver que Gonzalo no se presentaba á la hora señalada y no pudiendo sufrir los insultos de los moros que le esperaban impacientes, se habia puesto las armas de su amigo para batirse con Almanzor, y le habia dado la muerte. Grande fué el sentimiento de Gonzalo al saber la muerte del abencerraje, si bien tenia el consuelo de que él no habia sido el matador y podia esperar que Zulema fuese todavía suya.

CAPITULO V.

Angustia de Gonzalo.—Tregua concedida á ruego suyo.—Dolor de Muley-Hassen y Zulema.—Gonzalo va á buscarla.—Préndenle y llévanle á una mazmorra donde Zulema baja á llevarle un veneno.—Alamar baja á sacarle para el suplicio.—Los españoles dan el asalto y son derrotados.

Estaba Gonzalo sufriendo un doloroso tormento porque nada habia sabido de Zulema desde que la dejó desmayada, y porque probablemente ella le creeria el matador de su infortunado hermano.

Mientras tanto las tropas cristianas seguian sus trabajos para dar un asalto con que pudieran hacerse dueños de Granada. El rey moro viéndose acosado por todas partes pidió una tregua á los reyes Católicos, y estos á ruego de Gonzalo se la concedieron.

La hermosa Zulema lloraba con su padre Muley-Hassen la muerte de su desgraciado hermano Almanzor, y Granada se vistió de luto por espacio de tres dias por haber perdido á su mejor jefe. El vivo dolor y las quejas amargas de los moros, abaten el alma de Gonzalo que quisiera comprar con sus dias los del héroe que feneció. El pensamiento de que Zulema le creerá culpado, le horroriza y asalta continuamente.

Digna de compasion era tambien Zulema, creida, sin duda, de que su amante dió la muerte á su hermano, quisiera espirar de dolor; pero la memoria de su anciano padre la encadena á la vida. Encerrada con él en el Albayzin piden mil veces al cielo por el infortunado Almanzor.

Gonzalo se resuelve á dar cuenta á la reina Isabel de su violenta pasion por la hija de Muley-Hassem, y la informa de que habiendo sido llamado por ella á una cita la noche anterior, fué asaltado por los bereberes y se retardó su vuelta para acudir al combate acordado. Isabel le escucha admirada, y enternecida le propone emplear su mediacion para justificarle

con su amada. Desde aquel instante la reina siente inclinarse en favor de Zulema, sabiendo que adora al Dios de los Cristianos, y desea ya unirla al héroe.

Las treguas juradas inspiran á Gonzalo que podrá penetrar secretamente en Granada. Toma un vestido de heraldo y antes del amanecer marcha hácia la ciudad, se dirige al Albayzin, pregunta por Zulema, se finge enviado de Isabel, y pide hablar con la hija de Muley. Dos esclavos le conducen á una galería en donde la princesa cubierta con un largo y fúnebre velo se adelanta con trémula planta. Apenas la vé el héroe, se arroja á sus pies y con lágrimas la dice: ¡oh tú á quien no oso mirar!...

A esta voz, Zulema, trémula y turbada, aparta la vista y quiere huir.

—Escucha, la dice Gonzalo, ó manda que me den la muerte: á buscarla vengo y te la pido á tus pies. La muerte me será menos horrible que tu ódio ó tu desprecio. Puras están estas manos, Zulema, dígnate volver á mí tus ojos, dígnate mirar á un infeliz que no ha faltado á su promesa. Sabe que...

Un tumulto espantoso impide al héroe proseguir. El rey Boabdil llega acompañado de zegríes que con espada en mano acometen á Gonzalo, le derriban y cargan de cadenas. El castellano atónito no piensa en defenderse; las fuerzas le faltan delante de Zulema. La princesa despide lastimeros ayes.

Llega Muley-Hassem, y Boabdil le dice estas palabras:

—Al fin cayó en mis manos el terrible enemigo que abrió el pecho de Almanzor; Muley, ahí tienes al que dió muerte á tu hijo. Mañana espirará en el cadalso el perseguidor del nombre musulman; mañana lavará su sangre el sepulcro del grande Almanzor.

Hay en el Albayzin ó palacio una estrecha mazmorra impenetrable á los rayos del sol, á la cual conducen tres puertas de metal; allí echan á Gonzalo mientras preparan el suplicio. Su alma grande no se abate por eso; mira con ánimo sereno la muerte y los tormentos.... Mas morir sin probar á Zulema su inocencia.... este es el único suplicio que no puede resistir.

La desgraciada princesa al quedar sola, yerta de dolor y de pasmo, trae á la memoria las últimas palabras de Gonzalo; recuerda sus tiernos juramentos, la justificacion que habia empezado á hacer, los riesgos á que se ha espuesto por hablarla, y todo la persuade que su amante está inocente; y sin escuchar mas que su desesperacion, corre á que le abran la mazmorra donde está Gonzalo, y con sus lágrimas consigue mover las almas duras de los soldados de Boabdil. Al verla el héroe se arroja á sus pies y la dice:

—¡Oh hermosa Zulema! tú eres el ángel que viene siempre á consolarme en medio de mi afliccion; tú eres la que das aliento á mi espíritu y la que fortaleces mi alma.

—Gonzalo, le responde la princesa, la suerte ha querido que nuestros padecimientos sean infinitos: Boabdil quiere sacrificarte con los tormentos mas horrorosos para satisfacer su venganza; tu muerte es segura; si solo hubiese sido preciso salvar tu vida, mi virtud no lo consintiera, y segura de morir despues de tí hubiera dejado perecer al que no perdonó á mi hermano; pero el ultraje y el oprobio te amenazan, y yo no debo olvidar que Gonza-

lo me preservó de ello, y vengo á pagarte mi deuda; librarte de los verdugos muriendo contigo; aquí traigo un tósigo, toma esta copa, Gonzalo, y apúrala luego que yo beba la mitad: este es el único socorro que puedo ofrecer contra nuestros tiranos.

Y diciendo estas palabras, Zulema se llevó la copa á los lábios, pero Gonzalo se arrojo sobre ella, la quitó la copa y dijo:

—Zulema, nunca consentiré que tú te sacrifiques por mí; que venga, si quiere, el tirano Boabdil y me conduzca al suplicio.... Pero Zulema, ¿tú aquí? ¿tú que me creiste el matador de Almanzor y no me aborreciste? ¡Oh! ¿qué me importa ahora el morir? Pero no conserves ese fatal error, no creas que mis manos pudieran derramar la sangre de tu hermano. Yo iba á pelear con él, es verdad, pero mas fiel á tí que á mi honor, iba á morir á manos de Almanzor, cuando acometido por los bereberes no pude llegar á mi campo. Un amigo cuidó de salvar mi honor, salió con mis armas, peleó por mí, y su espada fatal....

—¡Gran Dios! exclama Zulema, mi corazon me lo habia anunciado. ¡Ah! ¿Qué podria hacer yo ahora para que se cambiara tu suerte?

Apenas habia concluido de decir esto, cuando se oyeron muchos pasos, la puerta del calabozo se abre, y en su dintel apareció Alamar, lleno de rabia, echando fuego por los ojos y ardiendo de venganza. Zulema al verle, cayó desmayada en los brazos de Gonzalo; Alamar al verlos juntos le dice á su rival con furia reconcentrada:

—¡Vil cristiano! ¿hasta en medio de las prisiones te atreves á seducir y á infamar á nuestra princesa? Eres el ángel de maldicion de nuestra pátria. Dí, traidor: ¿aun osas ultrajarme? Habla, maldito del Profeta, que Alamar, el primer ministro de Boabdil, te escucha.

Gonzalo no respondió nada, solo su vista estaba fija en el desfallecido cuerpo de Zulema; y Alamar creyendo que se burlaba de él, mandó separarle de la princesa, dejando á esta custodiada por los soldados, y ciego de furor se lleva al castellano.

El dia no mostraba aun su luz, cuando Boabdil recibe un aviso de que los españoles inquietos por la ausencia de Gonzalo y temiendo algun ardid de los moros querian romper la tregua con un asalto. Atónito con la noticia y cediendo á las instancias de Alamar que habia resuelto inmolar al héroe español antes de la aurora, manda que al punto sea conducido junto al sepulcro de Almanzor, donde se ha de consumar el sacrificio; pero apénas habia dado la órden cuando se oye sonar á lo lejos el estruendo de las armas españolas. Por todas partes gritan ¡al arma! el sonido de las trompetas y el vocerío de los sitiadores anuncia el terrible ataque. Boabdil envía á decir á Alamar que corra á los muros; Granada necesita de su brazo, y el feroz africano se vé forzado á dejar en el encierro á su víctima y volar al combate.

Su presencia anima á los moros, la brecha estaba abierta, los castellanos avanzaban en órden sobre las ruinas y se disponian á escalar la muralla; pero el africano corre con velocidad, derriba las escalas y llena los fosos de cadáveres. Fernando junta los soldados dispersos, los anima para hacer el último esfuerzo; mas la súbita llegada de un escuadron de moros que atacan el flanco de sus batallones, los pone en desórden, y llenos de terror tienen que abandonar el campo.

CAPÍTULO VI.

Lara sabe el peligro en que se halla Gonzalo, va al sepulcro de Almanzor y le salva.—Fernando envia á Gonzalo á tomar á Cártama.—Hazañas de Gonzalo en el asalto de Granada.— Combate del héroe y Alamar.—Salva á Zulema y á su padre.—Entrada de los reyes Católicos en Granada. —Himéneo de Gonzalo y Zulema.

Lara, cuya alma tierna y sensible solo existia para la amistad, no pensaba mas que en Gonzalo: habia pasado un dia entero sin verle, ignora dónde está y los peligros en que se halla; teme que su funesto amor le haya conducido imprudentemente hasta Granada. Atormentado con esta inquietud, manda traer su caballo y se pone en marcha para ir á defender la vida de su amigo.

Las tinieblas cubrian aun la tierra cuando llega al pie de un monte coronado de pinos. El héroe se detiene junto á la corriente de un arroyo para que beba su caballo; desde allí descubre entre las rocas una humilde choza de la que sale un pastor, y por él sabe que al amanecer de aquel dia los moros de Granada tienen dispuesto inmolar junto al sepulcro de Almanzor al capitan mas formidable de los cristianos. Al oir estas palabras pide Lara con precipitacion le enseñe la senda mas fácil para llegar al sitio de la catástrofe.

El oriente empezaba á teñirse con púrpura cuando Lara divisa al través de los árboles las lanzas y el tropel de la gente mulsumana. Acelera entonces su carrera; llega sin poder alentar, pasa por entre los soldados y vé... ¡santo cielo! ¡qué espectáculo! Vé á su amigo cargado de cadenas, la cabeza desnuda apoyada sobre el sepulcro, la cuchilla levantada sobre ella y Muley ordenando descargar el fatal golpe... Lara, dando un penetrante grito, se apea, detiene la espada y volviéndose á Muley que le mira con atencion, le dice con el acento enérgico de la virtud y de la amistad:

—Padre infeliz, tú quieres vengar la muerte de tu hijo; yo apruebo tu justa venganza: pero derrama la sangre del culpable y no mancilles tu gloria sacrificando á un inocente. Yo juro por los manes del héroe que reposa en este sepulcro, lo juro por el Dios del cielo, que Gonzalo no peleó. Yo solo fuí quien le abrió la mortal herida; yo fuí quien triunfó del mas valiente de los moros valiéndome de las armas de Gonzalo en un momento de ausencia, para deslumbrar los ojos de tu hijo y engañar á ambos ejércitos. Ya lo sabes, Muley, ya conoces mi delito, solo vengo á espiarlo: ahora pronuncia tú la justicia.

—Ya la ha pronunciado, respondió Gonzalo: no le creais, moros, á este; es mi fiel amigo y solo se acusa por salvarme: yo soy á quien Almanzor llamó á lid, yo quien debí darle la muerte. Vengaos y acelerar mi suplicio.

Muley y los abencerrajes mandan que Lara se retire; pero este se resiste y jura por el Dios eterno que él fué quien mató á Almanzor, y en prueba de ello se descubre el pecho y muèstra una herida que recibió en aquella lid.

El virtuoso Muley se enternece y llora al ver el combate de la amistad. No puede resistir á la conmocion de su espíritu: manda quitar las cadenas á Gonzalo, ordena á Lara que se levante, y fijando en ambos los ojos les dice:

— Uno de vosotros mató á mi hijo, yo quiero ignorar el culpable: uno de vosotros salvó á mi hija, yo quiero deberoslo á ambos. Yo pagaré un beneficio horrible dándoos la libertad que ha de ser funesta á mi patria; pero en este instante oigo la voz de Almanzor que me lo ordena. Id, modelos de amistad, que excitais mi admiracion; id, decid á los españoles, que por honrar mas dignamente las cenizas de mi hijo, he sacrificado mi ódio al deseo de imitarle. Pero si este beneficio excita vuestro reconocimiento, respetad los muros de Granada; porque os prometo aquí en nombre de Dios y en nombre del hijo por quien lloro, que siempre me hallareis sobre la brecha y no entrareis en Granada sino hollando el cadáver del anciano que hoy salva vuestras vidas.

Y diciendo esto, parte Muley con los abencerrajes.

Gonzalo y Lara se abrazan sin creer todavía que están juntos, y pasados aquellos momentos de espansion, toman el camino de Santa Fé.

¿Quién podra esplicar la alegría que en todo el ejército causó su vuelta? Al verlos olvidan los soldados todas sus fatigas; desde aquel instante se creen invencibles y cuentan como segura la rendicion de Granada.

Gonzalo se halla poseido del mismo ardor, pero su pensamiento no lo separa un instante de Zulema y del peligro en que la habia dejado; teme que el furioso Alamar cometa los mayores excesos; arde en deseos de venir á las manos con él y librarse de tan monstruoso rival.

Mientras que proyecta llamar á duelo al africano y sacarle fuera de los muros, vienen á interrumpirle con una órden de Fernando para que partiese á la conquista de Cártama. Gonzalo obedece y se pone en marcha á la mañana siguiente con seis mil infantes escogidos por él. Su amor gime en secreto al alejarse de Granada; pero su valor le da esperanza de volver victorioso dentro de seis dias.

Efectivamente; llega á la vista de Cártama, examina la plaza, dispone el ataque, y á pesar de encontrar una resistencia obstinada y vigorosa por parte de los sitiados, por fin les obliga á capitular, tomando posesion de la ciudad en nombre de los reyes Católicos.

Vuelto á Santa Fé, se presenta á dar cuenta de su expedicion, y en tanto que Fernando é Isabel prodigan al ilustre héroe las mayores pruebas de admiracion y agradecimiento, un paje pregunta por Gonzalo para entregarle una flecha disparada desde los muros de Granada, la que traia un billete en el que se leia el nombre del héroe. Gonzalo lo abre con trémula mano y lee estas palabras casi borradas con lágrimas:

«Mi última hora se acerca, pues Alamar me da á escojer entre el himeneo y la muerte. Si esta bastase al tirano, no vendria á implorar tu proteccion, pero mi padre está cargado de cadenas por haberte salvado la vida; se halla

conmigo en la misma mazmorra donde me llevó mi amor, de la que no saldrá sino para el suplicio. Gonzalo, ven á libertarle, y mi mano será la recompensa de lo que hagas por mi padre.»

Gonzalo queda pálido y turbado al leer el papel; la reina lo advierte y le dice:

—Gran capitan, ¿cual es el pesar que oscurece las sienes ceñidas de laureles? ¿qué es lo que de eas? explícate, que yo te prometo cumplirlo.

—El asalto que ha de rendir á Granada, responde Gonzalo; ordenad el asalto para el amanecer: esta es la recompesa mayor que deseo.

Al oir estas palabras, Fernando se levanta inflamado y le dice:

—Quedarás satisfecho; mañana te entrego á Granada y castigarás á tu voluntad á los viles enemigos que te han ultrajado.

Luego llama á los generales, les declara su grande empresa, y somete á Gonzalo el plan del ataque, quien lo perfecciona con sus consejos.

En fin llegó aquel dia que habia de iluminar el triunfo mas ilustre, la conquista mas importante que hicieron los cristianos á los musulmanes, vengando ocho siglos de oprobios.

Gonzalo el primero, excitando á los demás, sale con sus compañeros y los forma en la llanura. Dos minas preparadas de antemano revientan al amanecer derribando dos torres de las mas fuertes de los sitiados. Entonces suenan las trompetas y el héroe se precipita con los suyos espada en mano; pasa el foso, sube la brecha, derriba á los musulmanes que habian acudido, empuña el estandarte de Castilla y pasando entre cadáveres y ruinas lo enarbola sobre la muralla.

Alamar pelea en la otra brecha, Gonzalo corre á su encuentro, le llama y le reta; el africano le responde, ambos se acometen con el ódio y la rabia de los mas implacable rivales. ¿Quién podrá explicar el ciego furor, el deseo de la venganza, la ardiente sed de sangre que á ambos devora? Sin atender á sus vidas, sin cubrirse con los escudos, Alamar alza la maza, Gonzalo su espada, y teniéndolas con ambas manos se acercan y descargan. El casco de Gonzalo se rompe, la piel de sierpe de Alamar queda cortada. El español vacila, el africano se sostiene sobre una rodilla, pero levantándose al punto saca el alfanje; Gonzalo le ataca con firmeza y las armaduras vuelan en pedazos; los golpes suenan sin interrupcion, la sangre de Alamar corre en abundancia y sus fuerzas no igualan á su furor; Gonzalo lo nota y siente aumentarse las suyas. Arrójase sobre su enemigo, le ase, le hiere la garganta, y Alamar cae exánime tendido en el suelo.

El héroe vencedor, sin tomar aliento vá precipitadamente á la mazmorra, rompe las puertas y rodeado de hachas penetra hasta donde está la princesa con Muley-Hassem.

—Ya estás libre, exclama Gonzalo arrojándose á los pies de Zulema. Alamar pereció, vengada estás. Y tú, anciano respetable. á quien debo la vida, perdona las tristes hazañas que mi deber me prescribia. Yo he servido á mis reyes y á mi patria; pero haré todo lo que pueda para suavizar tus desgracias y para obtener tu amistad, mas grata á mi corazon que toda mi gloria.

Salen luego de la horrible mazmorra y marchan hácia el palacio de la Alhambra, ocupado ya por el vencedor Fernando.

En fin, Granada sucumbió, y á la mañana siguiente, que era la del dia 4

de Enero de 1492, la augusta Isabel I, acompañada de su córte, montada sobre un soberbio caballo adornado de flecos y piedras preciosas, se dirije á la ciudad, en cuyas puertas Fernando le presenta las llaves. Entra en triunfo en medio de todo el ejército que bendice su glorioso nombre y del pueblo maravillado al ver la clemencia de los vencedores.

El soberbio palacio de la Alhambra, antes moruno, se habia convertido en palacio de los reyes Católicos; la enseña de la cruz habia triunfado de la media luna, y los estandartes de Castilla ondeaban sobre los muros de la soberba Granada. La suntuosa mezquita donde se adoraba al falso Profeta era ya catedral cristiana en la que se rendia culto al Redentor del universo. Los reyes Católicos van á dar gracias al Todo-poderoso, suplicando les dé las virtudes necesarias con que puedan hacer felices á todos sus vasallos.

Pocos dias despues, en el mismo templo, Gonzalo recibió la mauo de Zulema: la reina y Fernando fueron testigos de tan dulce himeneo; y el mayor de los héroes con la mas amable de las esposas empezaron á disfrutar una larga sucesion de dias afortunados y gloriosos.

FIN